

Todo sucedió poco después de que Melisa cumpliera 11 años. Pasaba bastante tiempo en un jardín que estaba a la vuelta de su casa. Había sido un sitio frecuente para jugar, compartido con su hermana mayor durante su infancia. Sin embargo, hacía tiempo que ella y su hermana habían dejado de compartir algo más que el apellido, ya que después de haberse casado su hermano, hasta el cuarto habían dejado de compartir. Cynthia había cambiado mucho desde entonces. Suponía era el resultado de no ser ya una niña.

A veces a Melisa le daba envidia porque la verdad era una chica muy bonita, pero su carácter dejaba mucho que desear. Sin embargo nunca le habían faltado pretendientes. De hecho tenía la sospecha de haberla visto con 2 novios al mismo tiempo, pero hacía tiempo que lo que le sucediera a su hermana había dejado de importarle. Aún así, la extrañaba.

Melisa hacía tiempo ya que también había dejado los juegos infantiles, pero aquel jardín seguía siendo su lugar favorito para perder el tiempo. Al menos cuando no quería estar en su casa aguantando a su hermana.

Ese día en especial, estaba molesta porque le habían tocado los quehaceres de la cocina que se supone le tocaban ese día a su hermana, pero como la señorita había quedado de reunirse con unos amigos para "hacer un trabajo" no hubo de otra.

Así que después de haber terminado, le dijo a su mamá que saldría un rato al jardín. Afortunadamente le dijo que sí y no hubo necesidad de discutir. Tomó una mandarina del frutero de la mesa y salió enfadada a toda prisa, azotando su frustración adolescente en la puerta de la entrada.

El cielo comenzaba a teñirse de anaranjado con lentitud mientras se tragaba su coraje escuchando música con los audífonos a todo volumen, cuando de pronto, creyó escuchar una voz. No le dió importancia, pues en realidad no le estaba prestando mucha atención. Así que prosiguió con sus desvaríos.

-...Aliméntame...- Alcanzó a escuchar esta vez mientras abría los ojos como platos.

- ¡Ya Roberto, déjame en paz! ¡No estoy de humor para tus jueguitos! - Gritó al aire sin levantarse de su lugar. Roberto era un niño que era muy oportuno para molestarla, mas cuando quería estar sola.

-...debo consumir...- Volvió a decir la voz. Se levantó de un salto mientras se quitaba los audífonos con enfado y miraba a todas partes en busca de Roberto. El, o quien sea que fuera, le estaban jugando una muy mala broma que no estaba dispuesta a soportar en ese momento.

-¡Ya Roberto, sé que eres tu! Dijo con antipatía mientras seguía buscando por todas partes. Se recargó en un árbol en posición de descubrir el lugar en el que casi apostaba que estaba el muy infeliz, cuando volvió a escuchar la voz.

-...por favor... Cynthia...-

Se quedó helada. La voz se había escuchado claramente dentro del árbol, y lo que era peor, buscaba a su hermana.

-¿Roberto?- Volvió a preguntar al aire sólo para asegurarse de no estar inventando todo.

Un suspiro largo y profundo fué todo lo que obtuvo como respuesta. De todos modos ella sabía que aquella voz no podía ser la de Roberto. Sonaba muy tranquila y serena, algo que distaba mucho de lo que podía ser ese muchacho travieso.

Se quedó quieta y callada por un momento. ¿Que debía hacer? Su instinto le decía que debía irse, pero tenía demasiada curiosidad, sobre todo porque al parecer su hermana estaba involucrada en algo tan extraño.

- ¿Quién eres? Se atrevió a preguntar con inseguridad.

- ...Tengo hambre...- Susurró la voz.

Buscó entre sus cosas y encontró los gajos de la mandarina que había comenzado a comer cuando salió de su casa.

- Mmm sólo tengo unos gajos de mandarina. ¿Quieres?-

- ...Cynthia...- Contestó la voz.

- ¿Que quieres con ella? Dijo Melisa mientras comía un gajo de mandarina.

- ...No ha vuelto... yo ... tengo que verla... tengo que saber que pasó...-

- Pues no creo que venga, a menos que haya mentido para venir a verte..., lo cual no me sorprendería.-

-...entonces... ¿vendrá?- Dijo la voz con entusiasmo.

- No, estoy casi segura de que está con sus amigos.-

- Ah... ¿y tu como sabes?-

- Porque es mi hermana. - Contestó Melisa.

- ...¿Sabes si leyó mi carta?- Preguntó la voz con ansiedad.

- No lo sé. Tengo que irme.- Dijo Melisa con un poco de nerviosismo.

Se marchó de aquel claro con la misma sensación de inseguridad de no saber si todo había sucedido de verdad.

Ya había oscurecido. Llegó a su casa y se fué directamente a su cuarto. Aún así tenía tarea que hacer y debía terminarla. Estuvo un rato intentando concentrarse. No podía dejar de pensar en lo sucedido. ¿Cual carta?

De pronto, una idea atravesó su mente. Lo pensó por unos instantes. Sabía donde buscar, aunque también sabía el peligro que corría si su hermana la encontraba. Se levantó decidida y se dirigió a la habitación de su hermana. Sabía que no tenía mucho tiempo, pues de hecho Cynthia ya había tardado en llegar, así que podría descubrirla en cualquier momento.

Abrió rápidamente el armario y destapó una caja grande con libros viejos de la escuela. Sacó algunos con cuidado y encontró una caja de zapatos. En su interior había muchas cartas y recaditos, algunos muy viejos, de la primaria tal vez, y todas ellas las había leído ya. Buscó entre todas, pero no encontró ninguna nueva.

Desconcertada, trató de poner todo en su lugar para que su hermana no se diera cuenta. Salió del cuarto y se dispuso a terminar la tarea. Ese día trató de no pensar mas en lo sucedido.

Al día siguiente, esperaba a su mamá después de la escuela viendo televisión. Le habían dado un citatorio para una reunión de padres de familia. Su mamá no tardó en llegar y se dispuso a preparar todo para comer.

- Mamá, traigo un citatorio para una junta de la escuela- Melisa le dijo a su mamá mientras comenzaba a poner la mesa.

- Bien, déjame sobre la barra. Al rato lo reviso.- Le contestó su mamá distraídamente.

Melisa le dejó el papel en una charola que estaba sobre la barra del comedor. En ella ponían todos los sobres y recibos de pagos que había que hacer. También caían ahí de vez en cuando las propagandas que dejaban atoradas en la puerta y que nadie se preocupaba por tirar, así que esa charola estaba casi siempre llena de papeles en las que a veces se perdían cosas importantes... y otras no tan importantes también.

De pronto, entre todos los papeles alcanzó a ver uno de un color diferente. Un papel amarillento, como uno muy viejo o que ha pasado mucho tiempo en el sol. Le llamó la atención ver además que estaba escrito a mano. Todo pasó muy rápido por su cabeza, así que sólo alcanzó a guardar nerviosamente el papel en su pantalón y continuar preparando la mesa para comer.

Ese día sólo comieron su mamá y ella. Su hermana había avisado por teléfono que no llegaría a comer, lo cuál significó un alivio para ella, pues estaba nerviosa de que su hermana llegara a buscar la carta.

Después de comer, se dispuso a hacer la tarea rápidamente y se apresuró a salir al jardín. Extrañamente a su mamá no le inquietaba tanto que pasara tiempo en aquel lugar, lo cual era una bendición para ella porque había veces en las que podía sentirse incluso más a gusto que en su propia habitación.

Llegó al mismo claro que el día anterior. Estaba solo. Se acercó nerviosamente y se sentó cerca del árbol. Miró a todos lados. Trató de poner atención a todos los sonidos que escuchaba. Se quedó quieta por unos minutos, en espera de que algo extraño sucediera. Pero pasaron los minutos y no sucedió nada.

Más tranquila, se recargó cómodamente en uno de los árboles. Sacó el papel que traía en el pantalón, y justo cuando lo estaba desdoblado con cuidado se escuchó la voz.

- ¿De donde sacaste eso? Le preguntó la voz con un tono un poco hostil.

- Estaba en mi casa. Contestó Melisa con tono retador.

Melisa se quedó quieta en espera de una respuesta. Había sido un mal inicio.

Se disponía de nuevo a abrir el papel cuando la voz la volvió a interrumpir.

- ...perdona, creo que he sido muy rudo contigo... no quise hablarte de esa manera, ni hoy ni ayer, es sólo que... Le dijo la voz con un tono sereno.

- Está bien. No importa- le contestó Melisa con un tono despreocupado.

- Supongo que entonces la carta es tuya. ¿Puedo leerla?- Preguntó Melisa.

Alcanzó a escuchar un suspiro, y nada más. Entonces desdobló el papel con despreocupación y se dispuso a leer su contenido, después de todo tampoco le estaba pidiendo permiso precisamente.

Aunque estaba escrito a mano, era una letra extraña, no sabía decir si era como que muy vieja o algo así, había visto la letra de muchos niños y casi todas horribles, pero con un toque de "escuela" inconfundible. Esta parecía como de adulto, y al principio le costó un poco de trabajo leerla.

“Entiendo que te sientas mal. A veces nos cuesta trabajo aceptar el daño que nos han hecho personas que queremos. Sin embargo también debemos pensar que si de verdad nos quieren no nos harían sufrir, al menos no de forma conciente. Está en ti seguir sufriendo.

No puedo evitar decirte que no siento nada cuando me cuentas todas estas cosas. No puedo evitar ofrecerte mi corazón sincera y abiertamente. Tu sabes lo que siento por ti, y sabes que te he apoyado y te apoyaré, lo único que te pido es que me des una oportunidad, y que te la des a ti también.”

Melisa trató de entender lo que estaba leyendo. Al parecer esta no era la primera carta. O al menos de alguna forma Cynthia y aquella voz se habían comunicado antes, y más de una vez. Y no sólo eso, al parecer Cynthia estaba teniendo problemas del corazón. ¿Cynthia? ¿Corazón? Parecía imposible que un ser tan despiadado con los chicos como lo había sido su hermana, y por lo cual tenía una fama terrible, pero que a los chicos parecía no importarles. Uno a uno seguían cayendo en su telaraña, y sin embargo parece ser que la viuda negra parecía ahora estar sufriendo lo mismo que ella tantas veces había provocado.

Estaba impactada. El haber de pronto conocido este lado de su hermana le había causado sentimientos encontrados, pues de algún modo había recuperado la fé en ella y en que en algún lugar de su corazón aún existían buenos sentimientos y actos desinteresados. Pero también le preocupaba el cinismo y el descaro con el que lograba ocultar todas estas cosas, y que sobre todo pudiera seguir con sus hábitos de manipulación con todos los tontos que caían a sus pies. ¿Cuál de las 2 caras era la verdadera? ¿O las 2 serían cara y cruz de una misma moneda?

Pareció haber transcurrido una eternidad desde que se puso a leer, que por un momento se olvidó de que no estaba sola. Aunque realmente era algo complicado de explicar, porque no sabía decir con exactitud si mientras escuchaba aquella voz estaba acompañada. Lo que sí sabía es que ahora tenía muchas más preguntas que hacerle a aquella voz, pero no sabía por donde empezar.

- Así que... Cynthia tiene problemas...- Consiguió decir al aire.

- ...hmmm si, según me ha contado... - Contestó la voz.

- Y dime, ¿de verdad la conoces?

- ...pues la he podido conocer a través de las cartas que me ha escrito... creo que ha sido muy sincera...

- No sabría decirte, pues al parecer conocemos a 2 personas completamente diferentes. Dijo Melisa con un poco de severidad.

Comenzó a perderse en el abismo de complicaciones que implicaba pensar en aquellas 2 versiones de su hermana, cuando de pronto vino algo a su mente que estaba pasando por alto. ¿Que clase de ofrecimiento le estaba haciendo aquella voz? Después de todo, que era lo que realmente podía ofrecer, si ni ella misma que ahora estaba “hablando” con la voz podía sentirse del todo acompañada.

- ¿Como te llamas?- Preguntó Melisa tratando de abordar el tema con delicadeza.

No quería que la voz se fuera a espantar y quería obtener la mayor cantidad de respuestas.

- ...no lo recuerdo...- Contestó la voz con ambigüedad.

- ¿Entonces quien eres? ¿Que se supone que podrías hacer con mi hermana?- Dijo Melisa con ansiedad.

- ...yo... estoy muy cansado...- Susurró la voz.

- Mira, que conveniente ¿no?- Dijo Melisa con enfado.

- ...no... es que debo explicarte...-

- Pues si, pero será otro día. No sé cuanto tiempo he estado aqui pero si me tardo mas, seguro que la que tendrá que dar explicaciones seré yo. Así que espero regresar pronto por aqui.

Dijo esto último mientras se ponía de pie y se sacudía la ropa de los restos de pasto y hojas secas que se le pegaron por estar sentada en el suelo. Haría lo posible por regresar al día siguiente.

Al otro día fué viernes, que para todos siempre es buena señal, y para Cynthia no era la excepción, ya que eran días en los que seguro podía salir sin tener que poner pretextos de trabajos ni nada por el estilo. Ese día por la tarde comieron juntas unas hamburguesas que había comprado su mamá de camino a casa. Los viernes casi siempre eran de comida rápida, ya que nadie estaba de ánimos de hacer deberes en la casa, además de que les daba tiempo para, según su mamá, pasar mas tiempo juntas. Y este viernes no fué la excepción.

Así que tuvieron tiempo para ponerse al tanto con cosas de la escuela y demás. Todo parecía ir de maravilla, pues su mamá y su hermana no paraban de hablar, como si todo realmente estuviera bien. Eso era extraño.

El caso es que a su mamá se le ocurrió abordar un tema que Melisa hubiera creído "espinoso" en otro momento, sin embargo, dadas las circunstancias le interesaba mucho la conversación.

- ¿Y como va todo con Iván? Por lo que sé parece ser que ya se reconciliaron.- Inquirió Mamá con un tono complaciente.

- ¿Como que por lo que sabes? ¿Quien te dijo?- Contestó Cynthia con preocupación.

- Nada, a ver si sigues dejando tus cartitas en donde sea eh. Si es así asumo que no te importa si alguien mas las lee ¿cierto?-

- ¿Cuales cartitas?- Exclamó Cynthia mientras abría los ojos como platos. Después se tranquilizó y dejó escapar una sonrisa relajadamente.

- Aaaah si, esas cartitas. Bueno Mamá, si, ya nos reconciamos. ¿Contenta? ¿Podré salir con el hoy?

- Esta bien, pero luego no andes diciendo que ando de amargada y no se que mas cosas ¡eh! - Dijo Mamá con una sonrisa. Al parecer ese día en especial andaba de muy buen humor.

Mientras todo esto transcurría, Melisa escuchaba con atención, pues todo esto le podría ayudar a entender su versión de la historia.

Después de comer estuvo un rato en su habitación tratando de hacer la tarea. Pero

no podía hacer otra cosa mas que pensar en que era lo que estaba sucediendo realmente. ¿Ivan también le había escrito cartas? ¿Era del todo cierto lo de la reconciliación?

Finalmente tocaron el timbre de su casa y Cynthia abrió la puerta. Era Iván con su estúpida sonrisa burlona que tanto le molestaba. Su mamá había hecho tambien comentarios al respecto para hacer enojar a Cynthia de cuando en cuando, porque además siempre la molestaban diciendo que habiendo traído mejores piltrafas arrastrando la cobija por ella se había quedado con la peor. Bueno, pero después de todo tampoco podían quejarse, porque era de los mas generosos, sobre todo con los chocolates, que a Cynthia parecían disgustarle y que Melisa terminaba comiéndose gustosa. Esa ocasión no fué la excepción y dejó un bote de vidrio con listones rojos lleno de chocolates en la mesa. Se despidieron y se fueron juntos. No regresarían hasta muy noche. Tomó unos cuantos chocolates del frasco, los envolvió en una servilleta y se metió a su cuarto. Buscó su reproductor de música, un lápiz, un cuaderno y un morralito en donde echarlo todo. Su morralito no estaba en donde siempre. De cuando en cuando tenía problemas con su hermana por ese morralito, pues a veces a Cynthia le gustaba usarlo para llevarlo a la escuela los viernes porque no llevaba tantos cuadernos. Eso a Melisa le disgustaba, pero si había algo bueno era que lo dejaba perfumado con una fragancia exquisita que a Melisa le gustaba mucho y que de vez en cuando le robaba.

Fué al cuarto de Cynthia y lo encontró sobre su cama. Le sacó todas sus cosas y aspiró profundamente. Oía como a ella le gustaba. Tomó sus cosas y salió de su casa. Iba al jardín en busca de respuestas.

De alguna manera se le había contagiado el buen humor de su mamá, o tal vez era el efecto que el viernes siempre tiene sobre las personas. El caso es que se dirigió al jardín saltando alegremente y se sentó en donde siempre.

Apenas estaba sacando los chocolates de su bolsa cuando un sonido la interrumpió.

- ¿¡Cynthia!?- Exclamó la voz con entusiasmo.
- No. Dijo Melisa con desgano. Pero está bien, te perdono porque es viernes. Supongo que tu también estás contagiado del espíritu.
- Oh... ese aroma... es encantador...-
- Sí, lo sé, pero no soy ella- Dijo con enfado.
- Oh... lo siento... -
- Y bien, ¿ahora si me vas a decir quien eres?- Preguntó Melisa inquisitivamente.
- ...yo... ya no tengo mucho tiempo... mi tiempo se ha terminado... - Dijo la voz.
- ¿De que estás hablando, si esto apenas comienza?- Dijo Melisa con alegría.
- ...no, para mí ha sido ya mucho tiempo, y debe terminar...- Dijo la voz con cansancio.
- Mmm... no entiendo- Dijo Melisa.-
- Verás... ¿recuerdas bien la carta que leíste?-
- Sí, y sigo sin entender muchas cosas. ¿De que oportunidad estabas hablando?- Preguntó Melisa con atención.
- ...bien... yo llevo mucho tiempo así... yo... estoy castigado... y se me dió una

oportunidad...

- ¿Castigado? ¿Por que?

- ..yo... fuí una mala persona... creí amar a alguien... y le hice daño... ahora estoy atrapado... y llevo mucho tiempo así... quiero descansar...-

- Ajá, eso ya lo tengo mas que claro, ¿pero que tiene que ver mi hermana con esto? - Dijo Melisa con enfado.

- ...yo... estaba latente... esperando, el momento adecuado... sólo tenía una oportunidad... y un día se apareció Cynthia. Vino aquí, se sentó en donde tu estás... y comenzó a llorar. Fué una de esas lágrimas la que me despertó. La contemplé todo el rato que estuvo aquí y... me enamoré... -

- Pfff... si como no... dijo Melisa con incredulidad.

- ...si... yo sé... hasta ahora lo sé... aún ahora sigo tratando de comprenderlo. Tantos años aquí para nada... Pues si... le escribí una carta... pensando que vendría... y vino... la leyó y se dibujó por un instante una sonrisa en su rostro... al día siguiente... volvió... y dejó un papel al pie de este árbol... y mi corazón se emocionó... le contesté... y volvió a llevarse mi carta... y así sucesivamente... todo iba bien... iba... hasta que no volvió... mi espíritu comenzó a asfixiarse... mi alma se alimentaba con su dulzura... yo viví de nuevo con su cariño... yo creí que esa era mi oportunidad...

- Ah... entonces ustedes se escribían cartas... mmm hoy la escuché hablar de unas cartas... pero no es lo que tu crees... todo se ha complicado...

- ¡En serio! ¿Que sabes? ¡Dímelo! - Dijo la voz con entusiasmo.

- Mmm no estoy segura... pero creo que no te va a gustar... la razón por la que no ha vuelto, es porque regresó con su ex novio...-

- ...oh... pero... ¿y las cartas? -

- Todo es un malentendido... no ha mencionado nada de ti...

- ...yo... no pude explicarle... yo necesitaba un poco mas de tiempo... yo... le ofrecí mi corazón con sinceridad... ella... pensé que era lo que quería... ella... necesitaba alguien que la comprendiera... yo... estaba aquí para ella... sólo necesitaba una oportunidad... sólo necesitaba que dijera que si... ahora... mi alma muere de hambre... mientras espero pacientemente su respuesta...

Melisa se quedó pensativa. Trataba de entender exactamente lo que estaba sucediendo. Trataba de entender también cual era su papel en esta situación tan complicada. Debía decir algo.

- Yo... creo que no puedo ayudarte- Dijo Melisa con un poco de tristeza.

- Lo se... por eso lo único que me queda es esperar. He utilizado ya mi última oportunidad.- Dijo la voz con serenidad.

- No sé que decir. No es la primera vez que veo que mi hermana se comporta así, pero si es la primera vez que me siento... mal.- Dijo Melisa un poco confundida.

- Yo... tengo muchas cosas que pensar- Dijo la voz.

- Yo tambien. Me iré a mi casa. Espero volver pronto.

Tomó su morralito y se fué caminando con lentitud. Pateaba una piedra de cuando en cuando mientras pensaba una y otra vez en lo sucedido. No se dió cuenta en qué momento, pero cuando reaccionó estaba ya recostada en su cama. Aún

seguía pensando... ¿Cuales cartas? Realmente no importaba mucho leerlas, el resultado sería el mismo y de todos modos no podría evitarlo, y sin embargo tampoco podía evitar sentirse mal por todo lo sucedido. No podía ni siquiera hablar con su hermana, porque entonces sabría que anduvo husmeando donde no debía. Realmente no había nada que ella pudiera hacer, sólo esperar.

Cuando abrió los ojos se sintió un poco desubicada. El sol de la mañana entraba por su ventana. Las cortinas estaban abiertas y ella traía la misma ropa. Sin darse cuenta se había quedado profundamente dormida la tarde anterior. Se levantó con soltura. Se sentía descansada, ligera, y sin embargo había una sombra sobre su corazón que la hacía sentir melancólica...

El sábado era el día de hacer la limpieza en su casa. Su mamá ya se había levantado y no tardaría en ir a su cuarto y asignarle alguna tarea. Comenzó por recoger su habitación. Su mamá entró al cuarto con la escoba y el recogedor. Debían barrer su cuarto y ayudar después a su hermana a limpiar la cocina.

Se apresuró a darle una barrida a su cuarto. En el pasillo había una bolsa de basura grande donde debían echar la basura de sus respectivos cuartos. Terminó de recoger su cuarto rápidamente. No tenía un plan en mente, pero de algún modo sentía que tenía algo que hacer, y quería tener el tiempo necesario para hacerlo. Se disponía a echar la basura de su cuarto en la bolsa del pasillo cuando algo llamó su atención. Dentro de la bolsa había pedazos razgados de hojas de un color que le resultaba familiar. Trataba de recordar donde había visto antes ese papel. Entonces vino a su mente el papel que había encontrado en la charola de los recibos de su casa. Era esa carta, junto con otras, las que estaban razgadas en la basura.

Un sentimiento raro y profundo le rondó por el pecho. Era inútil tratar de juntar los pedazos de papel de nuevo, así que sólo les echó un último vistazo y cerró la bolsa. En ese momento se sintió desanimada y sólo se dispuso a ayudar a su hermana en un estado casi catatónico. Tenía ganas de hablar con ella, aunque tal vez todo estuviera dicho, y además, no eran sus asuntos.

Pasó el rato pensando en lo que podría decir en su siguiente entrevista, pero no consiguió nada, sólo caer en un pozo sin fondo de suposiciones mientras se enmarañaba en su propia inconciencia.

Cuando reaccionó, se encontraba caminando hacia el jardín con paso titubeante. En algún momento que le parecía muy lejano en el tiempo llegaría y sin embargo no tendría nada que decir. Demasiado tarde, ya había llegado.

Se sentó en el mismo lugar y escuchó con atención. Pasó un rato muy largo y no escuchó nada. Volteó a su alrededor en busca de alguna explicación, como si después de todo la hubiera para todo lo que había sucedido desde el principio.

Y sopresivamente, ahí estaba, al pie de un árbol.

Una nota escrita en el mismo papel que tantas vueltas le daba en la cabeza se encontraba doblada cuidadosamente con un anillo de un material extraño y un color anaranjado muy intenso e hipnótico.

Abrió lentamente la nota y pudo leer lo siguiente:

“Querida Melisa:

Mi momento ha pasado, y el tuyo apenas comienza. Todo lo que queda de mí está en este anillo. Guárdalo como un recordatorio de que vivirás la vida con intensidad. Espero que en tu corazón se encienda un llama tan brillante como su color, pero sobre todo, que sea la promesa de que siempre serás sincera y nunca jugarás con los sentimientos de los demás...

Gracias por todo...”